

otros, y concuyó por despreciar toda creencia religiosa.

Sin embargo, entró Monck en Inglaterra (1660), con el título de defensor de las antiguas libertades. Bien acogido en su camino llegó á Londres; nombrado despues general en jefe, abolió el decreto que desterraba á los Estuardos, y convocó un parlamento que excitado por los puritanos, restableció el calvinismo. Le remitió una declaracion del rey en la que prodigaba las promesas, y votóse su vuelta. Fué recibido Carlos II en sus Estados con inmensa alegría é impaciencia, despues de lo que habian visto de la tiranía de la república. Escoltado por las tropas que habian acompañado á su padre al cadalso: *¿Dónde están mis enemigos?* preguntó, *veo que ha sido nuestra la culpa de no haber venido antes.*

CAPÍTULO VI

Restauracion inglesa.

Cromwell no habia trastornado las antiguas instituciones del reino, pues ataques eran de aquellos que se dejan sentir en lo futuro, y no en el presente. Los elementos de la constitucion, el sistema de la propiedad y de la legislacion, la liturgia, el símbolo, habian permanecido. Cerióse la cámara de los lores, pero no se les desposeyó de sus títulos; una gran parte de la nobleza se habia asociado al pueblo contra el rey. Era, pues, posible restablecer el antiguo equilibrio sin grandes esfuerzos, tanto más cuanto que se habia adquirido mayor experiencia.

La restauracion de los Estuardos fué un acontecimiento nacional en atencion á que se presentaban con los méritos de un antiguo gobierno que se unia á los recuerdos del país, y otro nuevo exento aún de culpas. Las creencias enérgicas comenzaban á parecer ridículas y se obedecian. Este fué sin duda un bien despues de tantos males; pero Monck hubiera debido hacer estipulaciones con el rey para asegurar las libertades obtenidas durante la revolucion, y evitar debates que pronto volvieron á nacer, porque los derechos se encontraban mal determinados. Carlos II, amable y benévolo, más de lo que prometia su carácter áspero, educado en el infortunio hizo concebir buena opinion de sí

con el perdon, la dulzura y la tolerancia al presentarse á un pueblo cansado de agitacion; licenció el ejército, devolvió su independencia á la Escocia, y se rodeó de personas dignas. Los que han desertado la causa de la libertad son excelentes instrumentos contra ella, y los cobardes aduladores de Cromwell, se apresuraron á merecer con nuevas bajezas el favor de Carlos II. Un parlamento que duró diez y ocho años, y fué más realista que lo que se atrevia á ser el mismo rey, se hubiera visto precisado, obrando contra lo pasado, á establecer un tirano, si el conde de Clarendon, canceller del reino, no se hubiese opuesto á él.

Pero Carlos II era uno de aquellos príncipes débiles, que no atreviéndose á ejercer la tiranía, recurrió á la arbitrariedad. De un carácter indolente, preferia la disipacion y el poder á los negocios, escuchaba á los bufones más bien que á sus ministros; hizo ejecutar á diez de los jueces que habian condenado á su padre, y exhumar los cadáveres de los que habian muerto. Gran cazador, tenia un excelente perro para las zorras, se complacia en la pelea de gallos; disipaba en magnificencias los subsidios que le concedia el parlamento; olvidaba los beneficios; se acordaba de las injurias, y no tenia ningun cariño á su país, al que envileció y sacrificó para procurarse dinero y placer. Tuvo hijos de cinco queridas, y se casó con Ana, hija del canceller Hyde; luego con otras despues de ella, mostrándose siempre voluble; concluyó por dejarse dirigir por la hermosa Luisa de Kerhouent, á la que hizo duquesa de Portsmouth. La desgracia le habia echado á porder en lugar de aleccionarle, y llevó al trono el epicurismo gastado, propio de los tiempos que suceden á las revoluciones. Sin malas intenciones, pero poseido de fastidio y más sensual que depravado, no creyó ni el bien ni en el mal, ni supo lo que era virtud ó vicio; libertino, gran bebedor, se sirvió de los cortesanos y de las mujeres como de juguetes; quiso disfrutar de todo porque no sabia fijarse en nada reirse de todo, no por grande ironía, sino por ligereza. En fin, se ha dicho de él que nunca dijo una necedad, ni hizo una cosa sensata. Viendo á un hombre en la picota, por haber compuesto una sátira contra los ministros: *¡Imbecill!* exclamó, *¿por que no la escribió contra*

mí? no le hubieran hecho nada. Consideraba el disimulo como el verdadero principio del arte de reinar; así fué que siempre existió una eterna desconfianza entre él que creia que sus súbditos querian la república, y éstos, que temian que quisiese violar las franquicias nacionales.

La frugalidad que habia estado en moda durante la república, hizo aumentar las riquezas, á las que el comercio procuró un empleo ventajoso; pero cuando se encontró libre de esta austeridad, siguióse á ella la relajacion de las costumbres. Precisados los caballeros á afectar virtud con los rígidos republicanos, sin indemnizarla entonces con la licencia; de vuelta la aristocracia del extranjero ó habiendo abandonado sus retiros, trató de olvidar un pasado triste en medio de fiestas y placeres, el lujo pasó por un incendio de contento; lealtad y fidelidad monárquica; Habiendo tranquilizado el tiempo las ardientes imaginaciones, que la religion y guerra civil habian exaltado, el espíritu francés era superior al nacional en personas cansadas de vanos ensayos, debilitadas por el contacto de tantos crímenes. Vistióse á la francesa, se habló, se leyó y se habló en francés. Dryden no es un poeta, sino un artifice de hermosos versos; no hay en aquella época filósofos en Inglaterra hasta Locke, hombres de génio hasta Foe. Clarendon es sonoro, pero sin fondo, todo subterfugios, equívocos y falso talento. Olvidado el teatro de Shakspeare, imitó los insípidos amores de la escena francesa, como la córte imitaba los vicios de Luis XIV.

La mayor traba de los reyes de Inglaterra procedió siempre de la religion, teniendo todos que resignarse á ser injustos con una parte de sus súbditos para gobernar á la otra. Carlos II permaneció incierto, y descontentó á todo el mundo. Despues de haber prometido la libertad de conciencia, restableció el juramento á la iglesia constituida, que permanecia siendo la episcopal. Negáronse á él los presbiterianos, y lo ménos dos mil ministros renunciaron sus beneficios (1662); renováronse, pues, las persecuciones y con ellas el fanatismo. Los ministros anglicanos, que habian predicado siempre la omnipotencia real, demostraron entonces que no se debia obedecer al rey, sino dentro de los límites de la ley.

Carlos se inclinaba á los católicos, pero sin

resolucion; y si conservaba á algunos en los empleos, alegaba absurdas razones. Léjos de protegerlos en Irlanda contra los protestantes, tomó su parte del botin que se les hizo.

La Escocia participó tambien sus venganzas; fué abolido todo lo que se habia hecho en veinte y ocho años, se restableció la iglesia episcopal, y los obispos obtuvieron plenos poderes. Furiosos los presbiterianos, sobre todo los que seguian á Ricardo Cameron y se titulaban ejército de Israel, levantaron el estandarte de Jesucristo, y escomulgaron al rey. Habiendo perecido Cameron en una batalla en Airmoss, emprendió Cargirl vengar su muerte; pero el duque de York consiguió someterle; los jefes murieron con intrepidez, antes que decir: *¡Dios salve al Rey!* Carlos II hizo restituir á la Escocia sus archivos; pero en la travesía, naufragó el barco que los llevaba, procediendo de esto la escasez de documentos.

Acababa de surgir una nueva secta además de las que ya existian. Jorge Fox, hijo de un tejedor de Leicester, guardando ganados, se entregó á la meditacion, lo que le hizo taciturno, dócil y laborioso. Agitado primero con dudas, á los diez y nueve años se sintió embriagado de dulzuras espirituales, oyó le aseguraban en una vision, que su nombre estaba inscrito en el libro de la vida, y elegido por Dios para reformar el mundo. De costumbres incorruptibles, sin poseer el dón de la palabra, pero inspirado por la Biblia, se dedicó á predicar; encontró prosélitos porque era atrevido y violento, y persecuciones, porque inquietaba al culto é insultaba á los magistrados. Nueve veces estuvo preso; pero redujo á muchas personas, sobre todo entre los anabaptistas y los independientes. Como dijese un dia á un juez ante quien comparecia: *Tiembra delante de la palabra de Dios*, se llamó por ironía á sus sectarios los tembladores (*quákaros*). Segun ellos, Dios se manifiesta, por un efecto interior, á todo el cristiano que aguarda la venida del Espíritu Santo. Desprecian, pues, toda iglesia fundada en la palabra inanimada. De continuo en relacion con el Sér Supremo, deben menospreciar las cosas de este mundo, y aspirar á una perfeccion que condena hasta los actos más inocentes en si mismos; se niegan á prestar servicio militar, á pagar diezmos ó contribuciones para el

sosten del culto, no reconocen ninguna distinción de clases en la sociedad. Se hacen notar por el grande afecto que se tienen, por una moral que somete los menores actos á una regla severa, y por la calma, la piedad y la tranquilidad de espíritu. Si se les multa, porque no quieren prestar juramento, ni reconocer á los magistrados, sufren las multas, las prisiones, el azote, resignándose y orando. Puestos en libertad, vuelven á sus conventículos; condenados á multas no las pagan; siempre tranquilos, tutean á los magistrados como á los demás, y hasta al mismo rey, sin quitarse el sombrero delante de nadie.

Habiéndose refugiado á la Nueva Inglaterra, fueron perseguidos allí por los congregacionistas, fugitivos tambien de la intolerante Europa; la crueldad con respecto á ellos llegó hasta condenarlos á muerte, porque desobedecían la prohibición de presentarse en Boston.

Hizo su secta una importante adquisición en la persona de Guillermo Penn, hijo del almirante de este nombre. Como se había dedicado á declamar contra la iglesia dominante de la Inglaterra, su padre, con objeto de distraerle, le envió á París, donde en efecto contrajo gustos frívolos; pero habiéndose dedicado á su vuelta á la administración de algunos bienes en Irlanda, se reanimó su ardor oyendo nuevos sermones; de tal manera, que se dedicó á la predicación, la que le produjo aplausos y persecuciones. Cuando heredó los inmensos bienes de su padre, obtuvo del gobierno en cambio de un crédito 400.000 francos, la propiedad del país americano del Delaware, que existe entre los 40° y 42° y de latitud septentrional, con el poder legislativo y ejecutivo bajo la soberanía de la Inglaterra. Habiéndose embarcado para aquel país, compró indios, por respecto á la propiedad del territorio que le había concedido la Inglaterra, y contrajo amistad con las colonias vecinas y con los naturales. Casi todos los quákeros se reunieron en lo que él llamó la Pensilvania; entonces dió á los nuevos colonos que habían ido con las condiciones prescritas, un código lleno de sabiduría, fundado en una libertad religiosa sin límites, y en una seguridad perfecta contra todo poder arbitrario, siendo admitidos los ciudadanos á formar parte del

gobierno sin prestar juramento, sin soldados y sin iglesia dominante.

Carlos II usó tambien alternativamente con los quákeros de rigor y tolerancia, haciendo descontentos con uno y otro procedimiento. No había agradado verle desposeer á multitud de ciudadanos que durante la revolución habían adquirido de buena fé bienes confiscados. Había producido irritación el que hubiera concedido la libertad religiosa, y que el duque de York, su hermano y heredero presunto, después de haberse hecho católico, se hubiese casado con una princesa de Módena; las gentes religiosas se indignaban del escándalo de sus costumbres. Lo que sobre todo disgustaba á los ingleses es, que no contentos con las considerables sumas votadas generosamente por el parlamento que había perpetuado el *accise*, tendía la mano al oro de Luis XIV, quien le trataba como á un estipendiado y le había vendido á Dunkerque, adquirido por Cromwell, y considerado como una indemnización de la pérdida de Calais. Luis XIV, que conocía el oficio de rey, debía naturalmente ser hostil á la revolución inglesa, y conociendo cuan contagioso es el ejemplo, ver con inquietud la disciplina romana de la que era heredero, destruida por el principio contrario de la libertad individual, de las asambleas deliberantes y del equilibrio del poder. Trató, pues, de hacer que Carlos se declarase católico; y hasta se pretende que se pusieron de acuerdo en un tratado secreto, para establecer en Inglaterra la religion y el gobierno de la Francia.

Para secundar Carlos II al monarca francés, declaró la guerra á la Holanda, aunque aparentando no ceder más que al deseo de la nación, á la cual causaba recelo el engrandecimiento de los holandeses en la India y en Africa. El duque de York, que le había inclinado á ello para presentarse como gran almirante, envió en su calidad de jefe de la compañía de Africa, á apoderarse de la isla de Gorea (1664), de los fuertes holandeses en Guinea y de gran número de barcos; después mandó fuerzas á América para ocupar los nuevos Países Bajos. Pronto acudió Ruyter para vengarse de los ingleses; pero mientras ejercía terribles represalias en las Indias Occidentales, el duque de York capturó ciento treinta buques mercantes

holandeses á su salida de Burdeos, y un rico convoy procedente de Esmirna. En la violenta guerra que estalló, la Holanda tuvo al principio la peor parte; pero cuando fué sostenida por la Dinamarca, por el elector de Brandeburgo, por el duque de Brunswick-Luneburgo, y por la firmeza del gran pensionario de Witt, recobró su dignidad, y la victoria de Dunkerque inmortalizó á los almirantes Ruyter y Tromp. La paz de Breda (1667), conservó á cada una de las potencias lo que había adquirido.

Para sostener aquella guerra, suspendió Carlos II el pago de los intereses que se debían á los banqueros que habían adelantado las sumas votadas por el parlamento, lo que produjo el descrédito y la ruina de muchas personas. Para aumento de males se desarrolló la peste con tal violencia, que perecían en Londres diez mil personas cada semana. Apenas comenzaba á reponerse la ciudad de los males sufridos, cuando estalló un terrible incendio. Soplaba un viento muy fuerte, y como el corregidor no se atrevió á mandar derribar sin el consentimiento de los propietarios las casas, que en su mayor parte eran de madera, pronto una columna de fuego de una milla de circunferencia se extendió á ochenta y nueve iglesias, inclusa la de San Pablo, abrazando todo el espacio comprendido entre la Torre y el Temple, con trece mil doscientas habitaciones y veintiseis almacenes. Doscientos mil ciudadanos quedaron sin asilo.

El vulgo atribuyó este desastre á los holandeses, los puritanos á los católicos, los realistas á los republicanos; se habían visto á veinte mil personas, decían, que lanzaban antorchas encendidas, y asesinaban á los ingleses. Los que se llevaban sus efectos para salvarlos, los que acudían á apagar el fuego ó se presentaban armados para defenderse, eran tenidos por salteadores ó incendiarios, perseguidos y muertos; y en el solar de la panadería donde comenzó el fuego, se erigió el monumento que atribuye el crimen á los papistas.

Todo esto indisponía los ánimos contra el rey; el parlamento, sometido en otro tiempo, comenzó entonces á resistirse. Clarendon, primer ministro de hecho, aunque no de nombre, y que, temiendo al gobierno popular, sostenía, en lo que le era posible, la prerogativa real,

aunque reprendiendo á la corte con una severa justicia, cayó entonces en desgracia, y se fué á vivir al retiro, donde escribió sus *Memorias* obra verbosa, exacta, pero agradable, que ofrece la principal fuente de los datos que deben consultarse sobre aquel período.

Tuvo por sucesores á ministros más malos que él, llamados por el pueblo *cabales* por la reunión de iniciales de sus nombres. El nuevo parlamento obligó á Carlos II á adoptar el bill del *Test*, especie de prueba á la cual debía someterse todo oficial público, civil ó militar. Consistía en prestar juramento de obediencia de reconocer la supremacía real, en recibir la eucaristía, y no creer en la transustanciación. Los que se negaban á ello tenían que pagar una multa de quinientas libras, no podían textar en juicio, ser encargados de una tutela, ni aceptar legados ó donaciones. Dirigiase, pues, esta ley contra todos lo católicos.

Ashley Cooper, después lord Shaftesbury, había pasado del ministerio á la cabeza de la oposición; hombre violento y entusiasta, sembró dudas sobre la religion del rey, circulando que el rey y el duque de York se habían unido á la Francia para destruir la Iglesia nacional. Pidióse, pues, que todo militar que no se sometiese al *Test*, quedase excluido del ejército.

Vióse después, cuando lo de Tito Oates, cuan crédulos hace el terror á los pueblos. Aquel hombre que no era nada, unas veces católico, otras protestante ó anabaptista, recogido un poco de tiempo por los jesuitas por caridad, dirigió al parlamento una denuncia, en la que decía que el papa había declarado propiedad suya á la Inglaterra; que se debía, para apoderarse de ella, dar muerte al rey; que ya los católicos estaban dispuestos á empuñar las armas para desembarazarse de los protestantes, hacer rey al duque de York, vasallo del pontífice, y al jesuita Oliva, virey, dando los demás empleos á sus favoritos. Añadase que con este objeto se había prendido el fuego por los jesuitas en 1666.

Tan loca era la acusación, que el rey no prestó atención á ella; pero el duque de York pidió que se instruyese el proceso con objeto de castigar al calumniador. Entonces Oates supodar tan buen colorido á la cuestión, ayudado además por accidentes particulares y por la in

tolerancia, que consiguió haerse creer; el mismo rey no se atrevió ya á reirse en público; y por declaración de gentes despreciables y llenas de absurdos, muchas personas fueron presas, entre otras cinco lores, varios jesuitas y el vizconde de Strafford de edad de setenta y nueve años. Enjuiciados los acusados sostuvieron la negativa; la tiranía de las leyes los determinó á disimular peligrosas circunstancias, que al ser descubiertas, se les consideró como suficientes indicios de culpabilidad, y murieron protestando no saber nada, excepto un proyecto que hubiera tenido por objeto obtener del rey la tolerancia religiosa: los demas, con objeto de alejar de ellos la sospecha de papismo, se arreglaron como quisieron para creer y condenar.

El espanto y el odio hicieron dar crédito á horribles absurdos: Oates acusó hasta la reina, pero no se atrevieron á proseguir la acusacion. La trama papista continuó turbando los ánimos, y aumentando el número de los suplicios. Lo que hay de extraño, es que no se encontraron señales de ella en Irlanda, aunque sirvió de pretexto á persecuciones (1679). Atento Shaftesbury y sus colegas á sostener la desconfianza del rey, hicieron circular por Lóndres una extraña procesion el dia aniversario del advenimiento de la reina Isabel. Veíase en ella un personaje vestido de jesuita al lado del cadáver del juez Godofoy, que decían haber sido asesinado por aquellos sacerdotes; despues religiosas, sacerdotes, frailes, obispos, cardenales, el papa con el diablo, que le servia de canceller. Millares de antorchas iluminaban aquella comitiva en medio de los aullidos del pueblo, que vomitaba imprecaciones contra el papismo; despues de lo cual todo el aparato católico fué echado al fuego.

Esta absurda trama se dirigía á hacer excluir al duque de York de la sucesion, y sustituirle Monmouth, hijo natural de Carlos, ó el príncipe de Orange, que se habia casado con la hija mayor de Jacobo. Carlos habia consentido, en medio de aquellas turbulencias, en medidas destinadas á garantizar la religion nacional, y todas las personas que se acercaban á él, sometidas á un segundo *Test*, tuvieron obligacion de declarar bajo juramento que el culto de María y de los santos constituia una idolatría. El duque de York dijo que la religion era un

asunto entre Dios y él, y que no influia en el gobierno (1679); dispensóle del juramento por mayoría de votos, como tambien á la reina y á nueve damas de su comitiva, en cuyo número tuvo la delicadeza (entonces se dijo la indecencia) de designar á la duquesa de Portsmouth, querida de su marido. Diez y nueve ilustres casas de Inglaterra han permanecido excluidas hasta nuestros dias de ser pares hereditarios por no haber aceptado el *Test*.

En el curso del proceso de Oates, aparecieron cartas que indicaban negociaciones con Luis XIV, y en las que Carlos se envilecia al mismo tiempo que la nacion. Los republicanos triunfaron. Habiendo disuelto el rey el parlamento, se nombró un consejo, cuya presidencia se concedió al inmoral Shaftesbury, con la esperanza de ganarlo á su partido. Este ministro dió á entender que el mismo rey deseaba sustituir Monmouth al duque de York, y presentó al nuevo parlamento el bill que excluía á aquel príncipe del trono. Adoptáronse diferentes nuevas medidas para restringir las prerogativas reales, entre otras el bill de *Habeas corpus*, tercera ley fundamental de la Inglaterra, que se debe á Shaftesbury, y en virtud de la cual todo oficial que no exhiba al preso la orden recibida y los motivos de su arresto, es castigado. Si no se encuentran expresados en ella los motivos, debe ser puesto en libertad; en el caso contrario, ser conducido ante el juez en las primeras veinticuatro horas; en los casos que no son castigados con la pena capital, el preso puede dar fianza; y despues de estar en libertad, no puede ser preso de nuevo por el mismo hecho. La libertad individual tiene en esta ley, por sencilla que parezca, una poderosa salvaguardia.

Las divisiones que parecían borrarse en la sociedad se introdujeron entonces en el gobierno, y se comenzó á oír pronunciar los nombres de *whigs* y *torys*. Servia el primero para designar las bandas covenantarias de Escocia, y el segundo á los papistas de Irlanda; y por analogía se aplicaron, el uno al partido popular, el otro á los fautores de la corte.

Cuando de nuevo decretó el rey la disolucion del parlamento (1680), los ánimos se agriaron, y hubo entre los miembros nuevamente elegidos gran número de whigs; así fué que

hicieron que se aumentasen las órdenes severas y los decretos capitales contra los papistas. La libertad de la prensa reanimó las pasiones adormecidas ó cansadas; todos los actos del rey se interpretaban de mala manera, tanto más, cuanto que algunos dejaban conocer su inclinacion al gobierno despótico. El odio contra los católicos hacia creer todas las noticias esparcidas contra ellos; repetíanse con ardor mil cuentos sobre todos los miembros del gobierno y sobre las personas de la corte. Creyó Carlos remediar el mal haciendo cerrar los cafés, focos de sedicion y de mentiras políticas. Fué en vano: con objeto de hacer propalar aquellas falsas noticias, se establecieron *clubs*, reuniones destinadas á oír y repetir todo lo que se decía, que sostenian al efecto relaciones en el extranjero trasmitian desde Lóndres á las provincias lo que se les anunciaba. Ya no habia partidos extremos, y los realistas les hicieron tambien la más viva oposicion; multiplicáronse los procesos de la prensa, pero los mismos debates divulgaban los hechos, y se aumentaba la influencia de la prensa sobre el pueblo.

Cansado de aquella constante oposicion de los parlamentos, se resolvió Carlos á reinar sin ellos. Renunció al fausto, y se redujo á la más estricta economía, con objeto de atender á sus gastos con sus propias rentas y las cien mil libras esterlinas que le habia asignado Luis XIV. Esta señal de resolucion aumentó la confianza de sus partidarios; las personas honradas aprobaron el que no renegase de los sentimientos de la naturaleza, aceptando el bill de exclusion; faltos de centro y apoyo, los conventículos se desvanecieron, y á sangre fria se reconoció lo absurdo de la conjuracion papista. Habiendo recobrado Carlos el favor popular, aún podia hacer el bien; desgraciadamente los whigs le inclinaron á salir del camino de la moderacion para usar de represalias; restringir los privilegios de la ciudad de Lóndres y de las demas comunidades; hacer de una pretendida trama de protestantes una conspiracion papista; medios todos para irritar, más bien que para reprimir la malevolencia.

Preso Shaftesbury, despues puesto en libertad á falta de pruebas, conspiró con Monmouth, que aspiró al trono, el conde de Essex, Algernon Sidney y otros más. Descubriéronse sus

proyectos, y se les envió al cadalso. Guillermo Russell, hombre honrado, que deseaba un cambio en el orden de sucesion al trono, pero sin efusion de sangre, convencido de haber sostenido en una conversacion privada que una nacion libre puede defender sus libertades y su religion atacadas, sufrió con firmeza la muerte. Cuando se despidió de sus hijos: *La amargura de la muerte*, dijo, *ha pasado ya*; mirando despues el relój, añadió: *El tiempo ha pasado para mí; la eternidad comienza*. En el discurso que pronunció en el cadalso, declaró morir protestante. Monmouth, que se habia humillado á hacerse delator (1683), obtuvo su perdon, pero fué excluido del trono. La universidad de Oxford declaró impio, contrario al Evangelio y á la sociedad, admitir la soberanía del pueblo, la existencia de un tratado social, positivo ó tácito, entre la nacion y el rey, como tambien la posibilidad de cambiar legalmente el orden de sucesion al trono; obligó á los catecistas y á los tutores á educar á los jóvenes en la doctrina contraria, que es como la divisa y el carácter de la iglesia de Inglaterra. Sin embargo, en cinco meses veremos á aquella universidad, no sólo desdecirse, sino enviar su bajilla de plata al usurpador.

No obstante, así como sucede cuando llega á no salir bien una conspiracion, la autoridad del rey se aumentó; hizo volver al duque de York, y asegurado con el apoyo de una poderosa fraccion, dió cartas que reformaban los abusos, aunque concebidas en ventaja de la corona; pero no tardó en morir de repente (1685), y entonces se declaró católico haciéndose administrar la comunión.

El duque de York, más moral que su hermano, franco, como apasionado de su patria, valiente almirante, le sucedió con el nombre de Jacobo II. Semejantes cualidades le hicieron vencer la repugnancia que inspira un católico, tanto más, cuanto que estando probado su derecho, temian entrar en una nueva guerra civil cuando el comercio habia hecho tantos progresos. La moderacion con que comenzó su reinado este príncipe, prometiendo respetar las leyes y la religion, hizo que el pueblo brindase en honor suyo y que el parlamento le diese pruebas de condescendencia. Pero percibió arbitrariamente el derecho de pondaje y tonnage,